



LA PLATA. TEATRO ARGENTINO

formando, «partícula por partícula, grano por grano, planta por planta, las espléndidas islas del Paraná y su delta».

\* \* \*

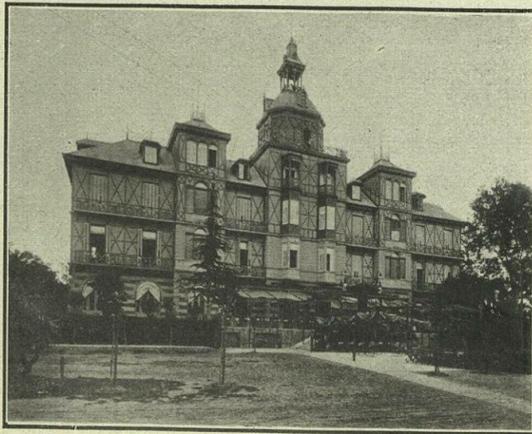
Muchos paisajes célebres de Europa nos impresionan, más por los recuerdos que evocan en nosotros y por los sucesos que presenciaron que por su hermosura real.

En el viejo mundo es común hablar del «alma del paisaje». Y esta alma somos nosotros los que la llevamos en nuestro interior, prestándosela al panorama; es nuestro recuerdo que se exterioriza al contemplar países que hace tiempo vivían agazapados en nuestra imaginación, cual un sedimento de entusiásticas lecturas. Como en los más de los territorios de América no ha ocurrido nada digno de mención para la humanidad, hemos convenido en que los paisajes americanos «no tienen alma». Son tierras que pertenecen a la Geografía más que a la Historia. Pero si, por ejemplo, en estas islas, hace cuatro mil años, una indígena rubia y veleidosa se hubiese dejado robar por un mancebo de otra tribu, corriendo su esposo con los parientes y los aliados a poner sitio a la toltería refugio de los adúlteros, y uno de aquéllos, a la vuelta de la expedición, vagando por el delta platense, encontrase sirenas en sus canales y magas encantadoras en sus arboledas, y un poeta ciego hubiera cantado al final estos sucesos en versos armoniosos, de seguro que a estas horas nos faltaría poco para arrodillarnos en éxtasis ante la belleza del archipiélago del Paraná, proclamando que late en él un alma inconfundible. Muchos de los países de la antigua Grecia no llegan a la belleza de las islas paranaicas; pero tienen un alma que les colocamos nosotros: el alma de los grandes sucesos que presenciaron. En las islas del Tigre no ha pasado nada que valga la pena de recor-

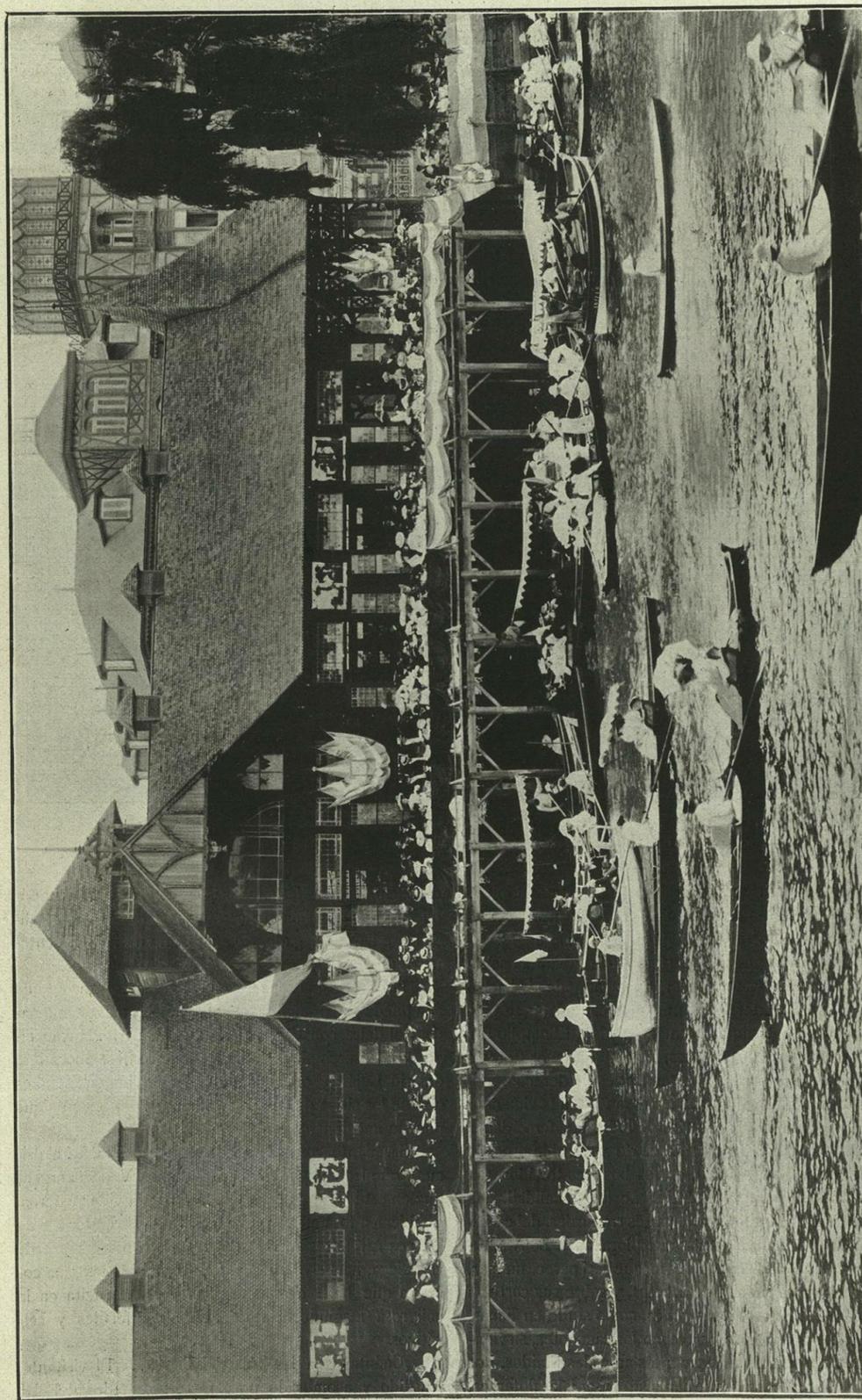
darse, y de aquí que con toda su hermosura no impresionen nuestra imaginación y nos parezcan incoloras é inertes.

Hace cincuenta años este archipiélago se hallaba a las puertas de Buenos Aires en un estado casi salvaje. Sus frondosidades servían de refugio a los fugitivos de la justicia y a familias nómadas, cuya existencia era casi peor que la de los indios. Los cazadores iban a probar su bravura en tales parajes, pues abundaban en ellos los tigres. Esto nada tenía de extraordinario. En la misma ciudad de Buenos Aires se han cazado tigres, y no en tiempos de la conquista, cuando estas bestias carniceras fueron una de las peores calamidades con que hubieron de luchar los compañeros de Don Pedro de Mendoza, sino en pleno siglo XIX.

Don José A. Wilde, en su interesante libro *Buenos Aires desde setenta años atrás*, cuenta cómo en 1842, dos tigres que venían Paraná abajo, sobre una isla flotante de camalotes, saltaron a tierra de noche en la ciudad de Buenos Aires, donde hoy está el paseo de la Recoleta. De uno nada se supo. El otro se acomodó en un matorral, cerca de una pulpería, para echar un sueño. Entrada la mañana, al abrir su puerta el pulpero, dió un grito de alarma, aterrado por la inesperada vecindad. Acudió la gente con perros y éstos ladronaron de lejos a la bestia, sin atreverse a morderla. Presentóse un borracho empeñado en desafiar al tigre, sin más armas que un poncho en el brazo izquierdo y un pequeño palo en la diestra, que pensaba introducir por la garganta de la fiera. A costa de grandes esfuerzos se consiguió alejar a este ebrio, que tenía la borrachera heroica. El alcalde del barrio, hombre duro y bravo, se adelantó con un trabuco naranjero hasta muy cerca del tigre para no perder tiro. Pero cuando estaba afinando la puntería se despezó la bestia, dió un salto, y el alcalde y su trabuco rodaron por el suelo, con sólo una zarpada. Teniendo al



HOTEL DEL TIGRE



ISLAS DEL TIGRE. FIESTA ANTE EL CLUB DE REGATAS

hombre bajo sus garras la fiera hizo frente á los perros, y esta circunstancia la aprovechó el caído para recoger el trabuco, disparándolo á boca de jarro. Se desplomó el tigre de espaldas; pero todavía fué preciso que un carnicero lo rematase con su cuchillo, librando al alcalde de una nueva acometida.

Esto ocurrió en las calles de Buenos Aires hace poco más de medio siglo. Júzguese lo que serían entonces las arboledas del Tigre, lugar donde se detenían casi todos los objetos y cuerpos flotantes que arrastraba la corriente del Paraná. El mismo nombre de las islas revela qué animales habitaban con preferencia sus espesuras. Repelido el fiero jaguar de la tierra firme por



UNA CRECIDA DEL PARANÁ (Grabado de un periódico de 1872)

agricultores y pastores, se refugiaba en este archipiélago, chapoteando en los tranquilos canales para trasladarse de una isla á otra. Su pelaje meloso, con negros redondeles, era un manto real, símbolo de soberanía sobre estas tierras. En vano cazadores y vagabundos le hacían una guerra de exterminio, unos por conquistar su piel, otros por vivir tranquilos en la soledad. El amplio río, con sus inundaciones anuales, aportaba nuevos tigres á estas islas, que parecían pertenecerles de derecho.

Las crecidas del Paraná arrastran hacia la vida civilizada del litoral sud-americano todas las ferocidades naturales de la selva interior. El río venerable procede de las entrañas del Brasil, de los bosques tórridos, tan favorables á la feróz explosión de la animalidad. Sus afluentes vienen también de países tropicales, del cálido Paraguay y de las partes más inexploradas de Bolivia. En las crecidas inmensas de este río, que casi parece un mar, pasan enormes troncos de árboles, y sobre sus cortezas rebullen enroscados los reptiles, como si fuesen lianas, escamosas y temblonas: navegan los camalotes, sirviendo de refugio á las fieras y á los animales tímidos. Por las costas de Corrientes se han visto pasar islas flotantes, en las que iban juntos, contra su voluntad, un tigre

y un novillo. El terror á la avalancha acuática que los había arrancado de sus soledades, haciéndolos viajar juntos, tenales como atolondrados, sin pensar en hostilizarse, siguiendo inmóviles la excursión río abajo.

Los cocodrilos ó *yacarés* respetan las fronteras climatológicas. Déjanse arrastrar por la inundación hasta los límites de la zona subtropical; pero así que salen de ella, se arrancan del impulso del río, yendo á guarecerse en los pantanos y los arroyos.

Todavía, en inundaciones recientes, se han quejado los habitantes del Tigre de los malos vecinos que les trae el Paraná desde las entrañas del continente sud-americano. En cierta ocasión tuvo que ir la policía

de Buenos Aires á las citadas islas, en vista del terror público, para acabar á tiros con unas cuantas boas atontadas que habían llegado, río abajo, en un viaje de centenares de leguas.

Pero este suceso, así como la vaga sospecha de que aún pueda existir algún jaguar en las islas más abandonadas del delta, constituye algo extraordinario. Hoy el Tigre, con su archipiélago formado por la desembocadura del río Luján y otros afluentes menos importantes, es uno de los sitios de recreo más hermosos y seguros que puedan imaginarse.

Sarmiento, con sus entusiasmos de artista, fué el primero que trabajó por la creación de una Venecia argentina en este lugar paradisíaco. Después la vida moderna, estableciendo hoteles y *restaurants*, y los vecinos de Buenos Aires trasladándose á las islas en la temporada veraniega, han civilizado y dado comodidad á esta comarca que hace cincuenta años vivía envuelta en la peligrosa magnificencia de los países fértiles y selváticos.

¿Cuántas son las islas del Tigre?... El visitante, aturdido y asombrado por las tortuosidades del dédalo fluvial, cree su número infinito. No se sabe cierta-

mente lo que es canal abierto por el río entre las islas, y lo que es arroyo que desde el interior de tierra firme viene á desembocar en el Paraná.

Deslízase la barca por estrechos callejones acuáticos, bajo una bóveda de sauces venerables. Una luz verde y misteriosa se filtra, con vaguedad de ensueño, por el ramaje tupido. Se ven todos los objetos de un color glauco y temblón, como deben distinguirse en el fondo del mar á la hora de medio día. Las gotas de sol que se cuelan entre las hojas forman palpitanes redondeles de luz en la tersa superficie; algo así como monedas de oro que respirasen. Otros canales, amplios como ríos, parecen láminas de espejo veneciano, con un marco de obscuros bullones.

La tranquilidad de las aguas reproduce invertidas, con una perfecta limpidez, las riberas, los árboles, las casas, las personas, el cielo. En ciertos lugares se distingue la viscosa y filamentada vegetación del fondo, en la que pululan energías animales, ciegas y embrionarias. Las arboledas que se reflejan copa abajo en los canales, la limpidez del agua y la pureza del aire, acaban por confundir la visión de las cosas. Hay momentos en que se cree navegar en el espacio, teniendo la tierra á centenares de metros de profundidad. Al dar la vuelta á los recodos fluviales, ábrense inmensos horizontes. El viajero se imagina que está en el gran río y que las dos líneas de tierras bajas, coronadas por el dentado contorno de su vegetación, sean las orillas del Paraná. ¡Error! La extensión acuática sólo es un canal poco mayor que los otros; y las riberas, cadenas de islas, tan juntas que parecen una misma orilla.

Al aproximarse á ellas se distinguen las entradas de los riachuelos tortuosos, con bóvedas de ramaje; túneles de misterio que parecen esperar á algún paladín de leyenda para que desencante la bella princesa dormida en la quietud del bosque. Y se navega horas y horas; y van surgiendo nuevas islas; y tras un día de incesante vagar, os dicen que sólo conocéis una parte insignificante de las tierras paradisíacas del Paraná.



BRAGADO. CASA MUNICIPAL



LOBOS. CASA MUNICIPAL

Una calma majestuosa, el solemne silencio de la Naturaleza en libertad, producto de la fusión de todos los murmullos de la vida, gravita sobre islas y bosques. El hombre es un intruso, indigno de mención, en medio de este laberinto de tierras, aguas y troncos floridos. La naturaleza se apresura á borrar la huella de nuestro

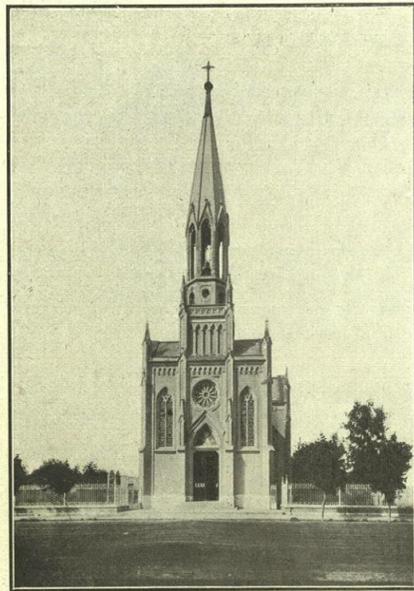
paso. Ante la proa de la barca, se extiende un límpido cristal, terso, inmaculado, reflejando el cielo en su fondo y las orillas invertidas. En la popa de la embarcación las ondulaciones de nuestro paso trazan arrugas acuáticas, que desfiguran y violentan la belleza del paisaje, como si éste se reflejara en un espejo caricaturesco. A pocas paletadas de los remos, las aguas vuelven á unirse á nuestra espalda. Otra vez brilla, como un manto de gloria, la tersura luminosa del canal, enturbada unos instantes por las patas del insecto humano.

En las espesuras salta de flor en flor el colibrí, joya con alas, que al estremecer sus plumas esparce reflejos multicolores de pederfía;

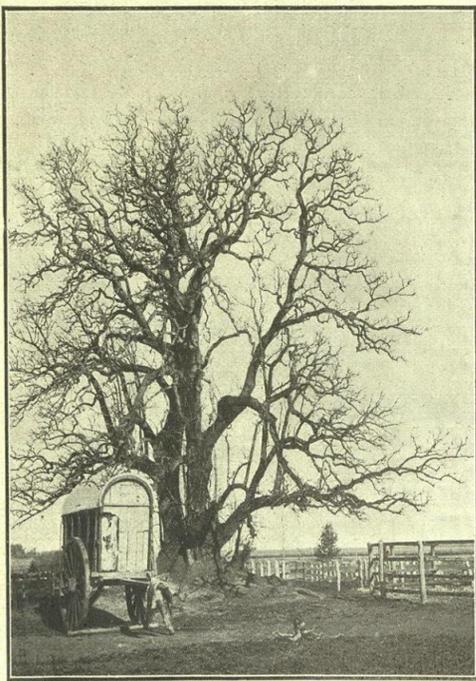
entonan sus romanzas frívolas y seductoras el zorzal y el jilguero, modestos artistas de hábito pobre y voz armoniosa, acompañados de la calandria, que es la tiple de la tropa vagabunda. A ras del suelo corren entre la maleza animales de oscuro y sedoso pelaje, que devoran a los insectos y persiguen a los reptiles. Bajo el verde pabellón del matorral, que apenas se levanta unos palmos de la tierra, entre cortinas de flores silvestres, se desarrollan dramas feroces, batallas heroicas, sorpresas sin piedad, crímenes trágicos, acechos de horas y horas junto a la boca de la madriguera, que acaban en coletazos que cortan, mordiscos que parten y arañazos que desgarran. Los dientes agudos seccionan el nudo apretado del reptil; la

zarpa alcanza en la grupa al tímido roedor que corre a refugiarse en su cueva; el anillo viscoso y frío atrapa en una triple vuelta al pájaro descuidado. Nada importa que ya no existan en estos lugares paradisíacos los sanguinarios felinos de otras épocas y los reptiles enormes. La Naturaleza es siempre igual y reproduce las mismas luchas en proporciones más modestas. Repite a los pies del hombre lo que antes ocurría junto a sus ojos.

Indiferente a estas batallas, que pertenecen a otro mundo, el sabroso pejerrey colea en las profundas aguas con otros pescados menos soberbios. El carpincho, cerdo anfibio de exuberancias suculentas, se zambulle en los canales al menor ruido, como si aun temiese la presencia del jaguar, que devoraba a sus abuelos. La nutria, acorazada en su colcha de seda, pasa veloz como un torpedo por el limpio cristal de los remansos. Entre las masas de mirtos y laureles, que dan a este paisaje un aspecto helénico, las flores acuáticas de escaso perfume abren sus pétalos de colores delicados, húme-



IGLESIA DE LINCOLN



PAISAJE DE UNA ESTANCIA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

dos y tiernos, semejantes a los de las caracolas marinas y a los de adorables reconditeces de la carne femenil.

Muchas islas del delta están hoy plantadas de árboles frutales, que producen sabrosas cosechas. Una parte considerable de los duraznos que se consumen en Buenos Aires procede de las islas del Tigre. Además, funcionan varias fábricas de conservas. El hotel del Tigre, el Club de Regatas y otros establecimientos de importancia proporcionan una vida cómoda a los veraneantes de las islas. El Club de Regatas da fiestas náuticas, que recuerdan las del Gran Canal de Venecia.

\* \* \*

En el Oeste de la provincia de Buenos Aires existen poblaciones interesantes. La más famosa de todas es Luján, por la imagen de una virgen que inspira entusiasta devoción a los católicos del país. La virgen de Luján es algo así como la de Lourdes en Francia, la del Pilar en España, ó la de Loreto en Italia. Está acreditada por numerosos milagros, operados invariablemente en las personas y bienes de los que tienen fe en ella

Todos los días los trenes procedentes de Buenos Aires traen a Luján un gran número de devotos, que dirigen una petición a la poderosa imagen, y regresan inmediatamente a la capital, haciendo un viaje de 66 kilómetros, y otros tantos de vuelta, para que escuche de más cerca sus oraciones.

Luján es el nombre de un capitán español, compañero de Mendoza, que murió en 1535 peleando con los indios Querandíes. Inútil es decir que esta imagen extraordinaria data de los tiempos coloniales; pero no es española de origen, sino brasileña. En tiempos de Felipe II, un portugués que habitaba el campo de Córdoba hizo traer del Brasil,

para el oratorio de su estancia, una imagen de la Inmaculada Concepción. Metida en una caja, la desembarcaron en el puerto de Buenos Aires y una carreta de queyes la condujo al interior. Esta carreta pasó la noche en una granja de Luján, y cuando por la mañana engancharon los boyeros sus yuntas, el peso de la caja era tan considerable que les fué imposible mover el vehículo. Una fuerza maravillosa parecía haber clavado sus ruedas en el suelo. «El milagro estaba manifiesto — dice un cronista devoto —. La imagen divina quería ser adorada por los habitantes pacíficos de esta región feliz...» Y la virgen brasileña se quedó para siempre en Luján, recibiendo devoto culto y haciendo milagros incesantemente, desde 1630. El más importante de todos para la prosperidad del país, consiste en el hecho de que en torno de la primitiva capilla ha crecido el caserío hasta convertirse en una población de cierta importancia.

La Basílica de Luján (todavía sin acabar) es de enormes proporciones; una obra digna del catolicismo argentino, que ha querido hacer las cosas en grande, como el país realiza las suyas en el orden material. Estas proporciones colosales hacen de la Basílica de Luján el primer templo de América, pues tiene cabida para 30.000 personas. Únicamente le superan San Pedro, en Roma, y la catedral de Edimburgo. Una de sus torres llegará a 105 metros de altura. A pesar de esta instalación grandiosa y de los numerosos fieles que acuden a ella, hay que reconocer que la citada virgen ve lamentablemente disminuida su popularidad. En otros tiempos, según reza un antiguo himno, la adoraban en el Perú, en el reino de Tucumán y en el Paraguay. Ahora, al ser puramente argentina, su fama apenas alcanza a las fronteras de la República. Dentro de la nación hay ciertas regiones que, por tener sus vírgenes propias, no se acuerdan de la de Luján y la dejan circunscrita a su provincia de Buenos Aires.

De todas las poblaciones del Oeste, la más próspera y adelantada es Chivilcoy, fundada por Sarmiento en 1854, y que tomó su nombre de un cacique indio establecido en la vecindad. Sus calles están pavimentadas y

muy limpias, con hermosos edificios, teatro, Bancos, amplias escuelas, biblioteca pública, luz eléctrica y varias fábricas y destilerías. Ofrece Chivilcoy de notable el reparto de su propiedad rural, dividida en pequeños lotes. Esta subdivisión favorece el cultivo intensivo, esparce el bienestar, y sirve de ejemplo futuro a una nación que padece el fatalismo de los enormes latifundios.

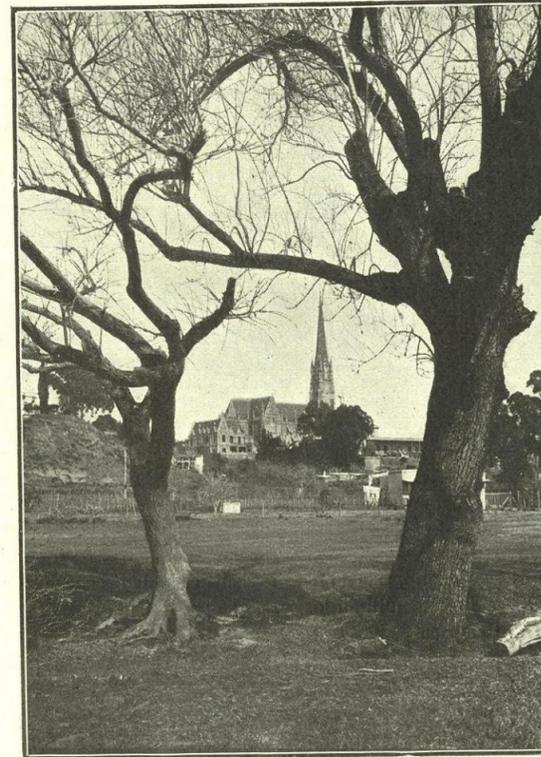
Mercedes es cabeza de un distrito judicial, y funciona en ella un Tribunal de Apelación. Tiene una escuela mixta, instalada en amplio edificio y dirigida por excelentes profesores.

Al Norte y al Oeste de Buenos Aires existen numerosas poblaciones, de las cuales las más importantes son: Lobos, cuyo vecindario aumenta considerablemente; 25 de Mayo, rica en cereales; Bragado, Lincoln, Pehuajó, Trenque-Lauquen y Chacabuco. Los citados pueblos y otros de esta parte de la provincia son ricos por su gran abundancia de trigo y ganadería. Junin tiene un valioso movimiento comercial.

Pergamino merece el título de ciudad por la edificación y el número de habitantes. Su nombre procede, según parece, de unos libros abandonados por los conquistadores. Posee dos fábricas de luz eléctrica, varios hoteles cómodos y una

Escuela Normal que honra a Pergamino por la valía de su profesorado y la amplia enseñanza que se da en ella. Recuerdo, como una de las escenas más interesantes de mi excursión por Argentina, una fiesta escolar en los jardines de la Escuela de Pergamino, con sus masas de niñas y niños que entonaban coros en el ambiente risueño de una tarde plácida. Cerca de Pergamino, un pueblo nuevo, llamado Colón, prospera con una rapidez digna de este país de súbitas transformaciones. En pocos años ha levantado numerosos edificios, con amplias avenidas, club social, sucursales bancarias, etc.

Al Norte de Buenos Aires está el pueblo de San Isidro, fundado en tiempos de la colonia por un capitán español retirado del servicio. Este pueblo es de hermoso aspecto. En él vivía Pueyrredón cuando ocurrieron las invasiones inglesas y al iniciarse el movimiento revolucionario de 1810.



PROVINCIA DE BUENOS AIRES. SAN ISIDRO



DOLORES. CASA DE JUSTICIA

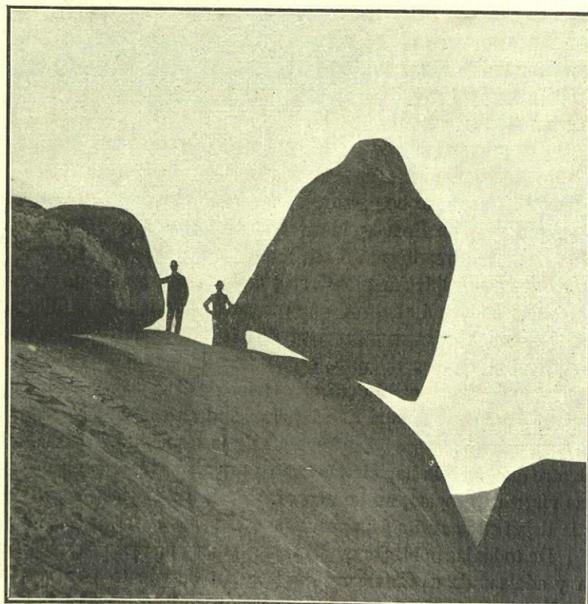
San Fernando, de numeroso vecindario, está á orillas del Paraná, con seguro fondeadero que utilizan los buques de navegación costera. Campana posee también un buen puerto para los barcos de cabotaje y los vapores fluviales. Zárate tiene una gran fábrica de papel, que casi monopoliza la producción de este artículo en toda la República. En Zárate toman tierra los viajeros que proceden de Ibicuy, en la provincia de Entre Ríos, pasando embarcados entre las islas del delta. Baradero, San Pedro y Ramallo figuran como pueblos de alguna importancia en el Norte. La ciudad de San Nicolás (25.000 habitantes) es la capital de esta parte de la provincia. Goza de renombre histórico por el famoso Acuerdo que suscribieron en ella los gobernadores de las provincias argentinas en favor de Urquiza, á raíz de la victoria de Caseros.

San Nicolás data de mediados del siglo XVIII, pues lo fundó en 1749 José de Amuilar. Su puerto sobre el Paraná es muy frecuentado por naves de cabotaje y oceánicas. Los depósitos de embarque están en lo alto de unas barrancas, cortadas á pico, junto á las cuales fondean los

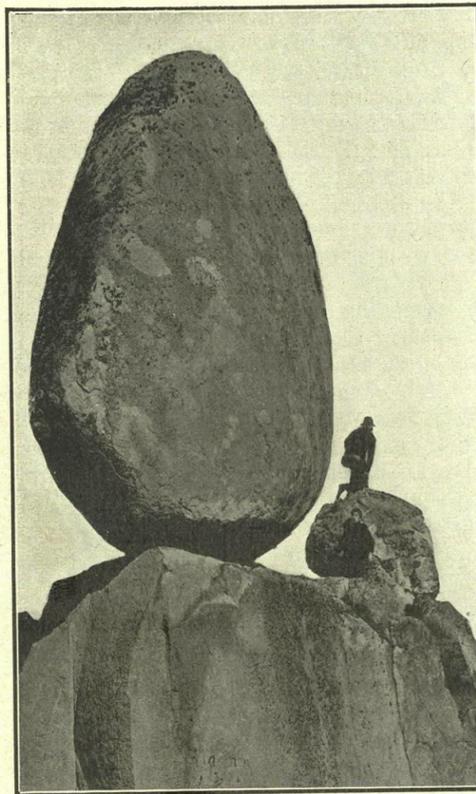
buques. Los fardos de mercancías resbalan por túneles diagonales que perforan la barranca desde los almacenes al río, y al llegar á la boca de aquéllos, caen por una pendiente de madera en las entrañas del barco. En ciertas épocas del año es muy importante el movimiento del puerto de San Nicolás. Varias líneas férreas convergen á esta población, situada á 239 kilómetros de Buenos Aires, en el límite Norte de la provincia. Los campos del interior exportan los productos por su puerto. La ciudad es de aspecto risueño, con hermosa vegetación y casas que por su blancura, sus rejas y sus patios recuerdan las de Andalucía. Es asiento de un Tribunal de Apelación, y abundan en ella los intelectuales de buen gusto literario, así como los aficionados á la música. El teatro de San Nicolás figura entre los mejores de la provincia, y pasan por su escena muchas de las notabilidades artísticas que van á Buenos Aires. El Paraná no desarrolla toda su amplitud frente á San Nicolás, pues bifurcan su corriente varias islas bajas. En sus aguas se desarrolló, en 1811, el empeñado combate entre los buques revolucionarios de Azopardo y la escuadrilla realista de Romarate, choque igualmente heroico por ambas partes.

Con ser más antigua la colonización del Norte que la del Sur, existen sin embargo actualmente en este último punto de la provincia de Buenos Aires los principales núcleos de habitantes.

Al salir de la capital federal por el puente movable de Barracas, se encuentra una gran población: Avelleda ó Barracas al Sur, con un vecindario obrero muy numeroso, que trabaja en las fábricas, saladeros, frigoríficos y curtimbres, ó en las descargas del Riachuelo. Más allá está Quilmes, con su célebre fábrica de cerveza, que produce anualmente 20 millones de litros.



TANDIL. LA PIEDRA MOVEDIZA



SIERRA DEL TANDIL. PIEDRA LLAMADA «EL CENTINELA»

En esta parte de la provincia los núcleos urbanos se hallan muy próximos y ofrecen una densidad semejante á la de los alrededores de las capitales europeas. Algunos son lugares de recreo, como Lomas de Zamora y Adrogué; este último muy frecuentado por las familias bonaerenses. Las poblaciones parecen, desde lejos, bosques frondosos, islas de verdura en medio de la inmensidad monótona de la planicie. Los chalets asoman las manchas blancas y rosadas de su edificación entre las masas de follaje de sus jardines. En Adrogué van á pasar la luna de miel algunos matrimonios jóvenes de Buenos Aires.

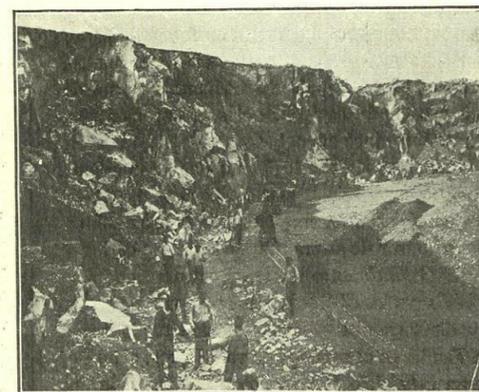
Abundan en esta parte de la provincia establecimientos agrícolas importantes. El más famoso de todos es la Estancia de San Juan, propiedad de la familia Pereira, situada á 40 kilómetros de la capital federal y á una media hora de La Plata. Tiene grandes plantaciones de alfalfa, ricas variedades de las especies caballar y bovina, y es reputada como uno de los primeros establecimientos de la República, habiendo obtenido numerosos premios en concursos internacionales. También en las inmediaciones de La Plata se encuentra el bosque de Santa Catalina, en el que funciona una Escuela de Agronomía. Es un parque de árboles gigantescos, plantados muchos de ellos por los jesuitas en el siglo XVIII. Años después el Gobierno de Rivadavia esta-

bleció en Santa Catalina una colonia de holandeses, que no logró arraigarse.

En Temperley se han instalado varios sanatorios y casas de salud, por la suavidad del clima y la hermosura de sus jardines.

Antes de llegar á Lomas de Zamora y Adrogué, llaman la atención del viajero las grandes construcciones levantadas por la Compañía de los ferrocarriles del Sur, en la estación de Banfield. Son inmensos talleres de reparación y depósitos, que ocupan un espacio de dos millones de metros cuadrados, y costaron ocho millones de francos. Dos grandes edificios sirven de alojamiento á los empleados de la Compañía. Muchos de éstos, que son ingleses, han formado con los habitantes del país algunas sociedades atléticas. La inmediata estación de Lanús tiene igualmente varias sociedades de este género y un circo para las carreras.

La ciudad de Dolores ocupa una extensión mucho mayor que la que corresponde al número de sus habitantes, y sus calles tienen alegre aspecto. Lo que da más importancia á esta ciudad es que en ella funcionan los Tribunales de Apelación del departamento Sur de la provincia. En su plaza central, con hermoso jardín, ostenta una pirámide, copia exacta de la que se alza en la plaza de Mayo de Buenos Aires. La región de Dolores es muy fértil, y sus frutos sabrosos se exportan á toda la República, especialmente los duraznos, algunos de los cuales llegan á pesar cerca de medio kilo. Dolores se halla á seis leguas de la bahía de San Borombón, donde se está construyendo un puerto que dará salida á sus productos. Esta ciudad no es antigua. La fundó el general Pueyrredón en 1818, despoblándose varias veces por los ataques de los indios y las guerras civiles, hasta que en 1825 empezó á fijarse definitivamente su vecindario. En 1839 fué asesinado en las inmediaciones de Dolores el patriota Don Pedro de Castelli, uno de los jefes de la Liga del Sur contra el tirano Rosas. Por orden de éste la cabeza de Castelli fué colocada en la plaza de Dolores, clavada en una pica, y así permaneció expuesta mucho tiempo, hasta que una racha violenta de «pampeiro» la hizo caer, y mujeres piadosas le dieron sepultura.



TANDIL. CANTERA DE LOS LEONES